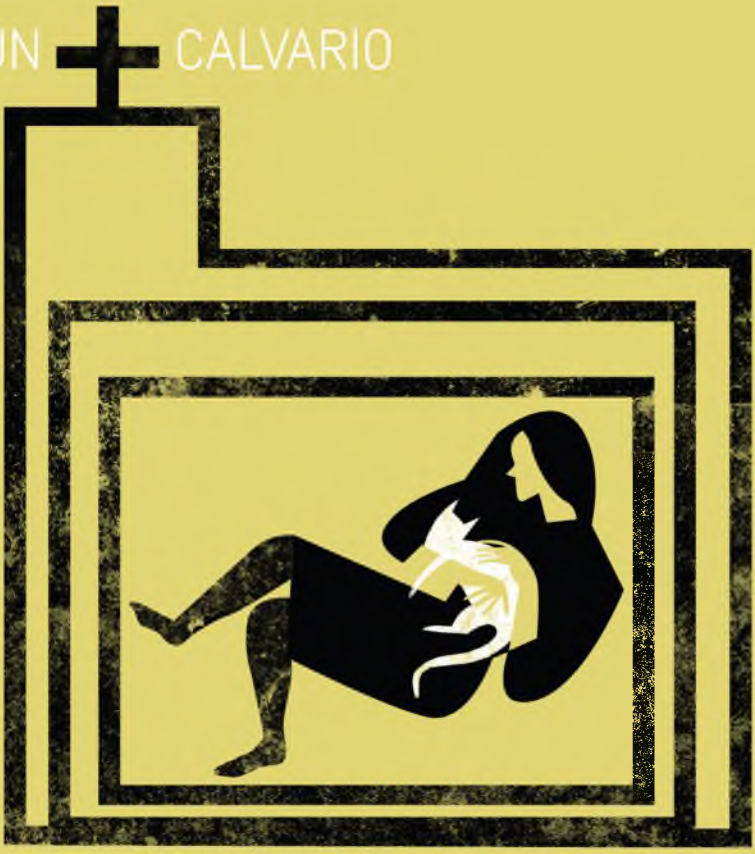
UN CALVARIO



ALBERTO
LEDUC

NOVELAS en TRANSITO

Esta colección ofrece un recorrido indispensable por la novela corta en México. Las primeras historias ven nacer el México independiente; las últimas, el país que surgió de la Revolución armada de 1910 y sus consecuencias culturales. No importa que las novelas vayan ligeras de equipaje, seguramente el viaje será largo.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

CULTURA | FONCA

UN CALVARIO

MEMORIAS DE UNA EXCLAUSTRADA

ALBERTO LEDUC

Alfredo Pavón
Presentación

José de Jesús Arenas Ruiz y Braulio Aguilar
Edición

Braulio Aguilar
Notas

Novelas en Tránsito
Segunda Serie

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

NOVELAS EN TRÁNSITO
Segunda Serie
Gustavo Jiménez Aguirre, *director*

CONSEJO EDITORIAL
Gabriel Manuel Enríquez Hernández, Verónica Hernández Landa Valencia, Gustavo Jiménez Aguirre, Eliff Lara Astorga y Luz América Viveros

ASISTENCIA EDITORIAL
Braulio Aguilar Velázquez y Karla Ximena Salinas Gallegos

Alberto Leduc, *Un calvario. Memorias de una exclaustrada*
Segunda edición digital: 21 de junio de 2018
D.R. © 2018 Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s. n.
Ciudad Universitaria, 04510, Ciudad de México.

Esta publicación se realizó con apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales, emisión 33-2017.

Diseño de la colección: Andrea Jiménez
Ilustración de portada: Gonzalo Fontano

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)
ISBN: EN TRÁMITE

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.
Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. Contra la injusticia y la cancelación de la esperanza
Alfredo Pavón 5

Un calvario

I. Sor María 19
II. La exclaustración 27
III. Fuera del convento 33
IV. La caída 39
V. La segunda exclaustración 43
VI. Sor Lorenza 45
VII. La tercera celda 49
VIII. El hermano sacristán 51
IX. La tercera exclaustración 59
X. ¡Pobre Chiquito! 73
XI. Salvación de sor María 79
XII. El último convento 85

Noticia del texto 87
Alberto Leduc. Trazo biográfico 89
Notas 93

PRESENTACIÓN

Contra la injusticia y la cancelación de la esperanza

Alfredo Pavón

¿Por qué para los lectores del siglo xxi podría ser contemporáneo *Un calvario. Memorias de una exclaustrada*, editada en 1894? ¿Por la pertenencia de esta narración al relato breve, tan propio para días de fugacidad y premura? ¿O por su composición casi lineal, compacta, idónea para los escasos tiempos libres? ¿O por la presencia del desamor, la muerte insignificante, la violencia doméstica, la doble cara de las buenas conciencias, la riqueza ofensiva de unos cuantos, la extrema pobreza de la mayoría, la frivolidad y el ornato como modo esencial de vida, la orfandad social, económica, familiar y espiritual de los desamparados, muy similar a las circunstancias vitales de mujeres y hombres de la vigésima primera centuria? ¿O quizá por la manera de contar una historia signada por la desgracia infinita, cuya protagonista respiró siempre la cancelación de la

esperanza, tal cual ocurre a muchos de los lectores? ¿O acaso porque de octubre de 1893 —cuando concluyó Alberto Leduc la escritura de *Un calvario. Memorias de una exclaustrada*— a junio de 2018 —cuando México se hunde en la injusticia, la desigualdad, la corrupción, la impunidad, la ilegalidad convalidada por leyes creadas, *ex profeso*, por las transnacionales y sus voraces testaferros, la hambruna sin fin, la privatización de los bienes sociales— no ha cambiado sensiblemente el destino de los mexicanos? ¿O porque el conjunto de rasgos genéricos y temáticos, de estrategias y recursos narrativos y de ligas con las estéticas costumbristas, románticas, realistas y modernistas aún dialogan con los lectores actuales, críticos, serenos, pacientes, parte de un pueblo que es demasiado pueblo para la desgracia? Una respuesta tentativa para todas estas interrogantes sobre la posible contemporaneidad entre *Un calvario. Memorias de una exclaustrada* y los lectores del siglo xxi parece tener su base en los desafíos genéricos y estéticos y en la vigencia de la problemática humana de dicho relato breve. Vayamos hacia ello.

Un calvario. Memorias de una exclaustrada es un relato breve y no una novela corta. ¿Por qué? Porque contiene la historia de sor María de Jesús, desde la muerte de su madre, durante la infancia, hasta la caída en la locura de aquélla, ya en la vejez y en condiciones de

franca miseria y orfandad. Esta síntesis de vida le aleja del relato y del cuento, atentos a un sólo pasaje de la existencia de una heroína o un héroe, y le instala en el campo de la novela corta o del relato breve, armados con un pasaje de vida —al cual se le anexan otros, donde se dan los hechos previos y las ligas entre los personajes, más los avatares específicos a cada uno de ellos— o con varios —cuyo ensamble abarca amplios periodos de la existencia o toda ella—. De acuerdo con estos detalles, se dirime la identidad genérica de *Un calvario. Memorias de una exclaustrada*. La novela corta acude a diversas experiencias del protagonista, siempre alimentadas por la tensa lucha de intereses entre aquél y quienes con él se interrelacionan; el relato breve asume el mismo conjunto de experiencias, pero no pone en escena el conflicto de intereses: únicamente resume los antecedentes de los hechos y los implicados en ellos, narra el presente de la historia y su desarrollo y presenta la resolución del conflicto y sus consecuencias. Este modo de ser narrativo alimenta los varios juegos accionales y las altas tensiones de la novela corta —que obligan a preguntarse ¿por qué luchan los personajes?, ¿con cuáles estrategias, aliados y oponentes?, ¿a qué conduce el término del combate?— y las escasas acciones y tensiones del relato breve —que llevan a preguntarse ¿y después... qué sigue?, hasta arribar a la

terminante clausura de la historia—. Este marco teórico permite, ahora, proponer a *Un calvario. Memorias de una exclaustrada* como un relato breve, según lo testa el encadenamiento de situaciones de la heroína, de donde se ausentan los conflictos de intereses, no por inexistentes, sino por diluirlos el narrador: la muerte de la madre de sor María, el ingreso de ésta al convento de las capuchinas, su profesión de fe, la salida obligada de las religiosas de su hábitat conventual, la acogida de sor María de Jesús y sor Lorenza en la casona de doña Antonia del Villar, el traslado a un nuevo domicilio, la muerte de sor Lorenza, el arribo, estancia y salida de la tercer morada, el enloquecimiento de sor María y su ingreso en un "hospital de mujeres dementes".

Mas los desafíos genéricos no concluyen. Uno más viene del subtítulo de *Un calvario. Memorias de una exclaustrada*. Sugiere éste la narración en primera persona de sucesos importantes acaecidos a sor María de Jesús, a fin de brindar testimonio de su vida; pero después tal sugerencia se desvanece desde la primera línea y asume su vestuario real: la síntesis del derrotero existencial de la religiosa por parte de un narrador omnisciente, cuya finalidad es reflexionar sobre las complejidades del mundo interior femenino, las bondades y malignidades humanas, el impacto de lo social y lo religioso en el ámbito familiar e individual. De esta manera, las me-

morias surgen de un caso electo por su valor para ejemplificar algunos de los avatares de un periodo particular de una cultura: la del México citadino en tránsito del siglo XIX al siglo XX.

Los retos planteados al lector por Alberto Leduc incluyeron el de la definición estética de *Un calvario. Memorias de una exclaustrada*. Para cuando se concluye la escritura de este relato breve, en octubre de 1893, la narrativa mexicana iba del imperecedero Costumbrismo al Romanticismo tardío, al naciente Modernismo y al dominante Realismo, éste con sus variantes regionalista, nacionalista, impresionista y naturalista.[1] ¿A cuál de todas estas estéticas se afilió *Un calvario. Memorias de una exclaustrada?* Difícil determinarlo. Lo más notable es su eclecticismo, propio de la época. Leduc tomó del Romanticismo dos factores técnicos: los resúmenes de hechos anteriores a la puesta en escena de la historia por contar y las interrupciones del decurso de aquélla, en el caso del queretano, para dar paso a las reflexiones personales sobre lo ético y lo moral en las virtudes y vicios de los personajes. Recurrió al Costumbrismo con el propósito de reconocer y hacer reconocibles los tipos y escenas de la época, mas sin la intencionalidad de educar al pueblo, vía el sermón, propia del Costumbrismo de principios del siglo XIX: le dio, así, veracidad a su relato y acentuó los modos de vida finiseculares,[2] llegan-

do al Realismo, que, por dejarle espacio a las reacciones subjetivas que en el narrador causan los hechos contados, derivó al Impresionismo[3] y, por no esquivar del todo la crudeza, lo escabroso y la fealdad del entorno, ancló, por momentos, en lo naturalista.[4] Del Realismo convocó, además, la tendencia a mostrar "los sucesos comunes de la existencia humana", ocurridos a representantes de todas las clases, la equivalencia del amor pasional con otras problemáticas —ese amor pasional que en las obras de los románticos ocupaba el centro de la narración—, la principalidad del dinero en los proyectos de vida, las analogías "entre la sociedad y la naturaleza", el interés por los prototipos, "la crítica de las instituciones, los gobiernos y las clases dirigentes",[5] así el juicio desfavorable se cumpla en abstracto, sin concretarse en la invitación "al levantamiento social".[6] Aderezó también todos estos ingredientes estéticos con "el pulimento de la expresión"[7] —raíz de los "recursos más comunes, característicos y propios de la expresión poética", a saber, "símiles, comparaciones, imágenes, metáforas, búsquedas de sonidos y experimentación de sentidos"—,[8] con el dominio de la imaginación y las reflexiones sobre los hechos narrados, venidos del Modernismo, y con el tono de desaliento y pérdida de la fe, los tópicos de la fragilidad humana, de la locura y del dominio de los instintos —sobre todo si éstos se exa-

cerban con el consumo de excitantes artificiales—, "la pérdida de una dimensión trascendente y el deterioro de la experiencia de unidad con el mundo", cuya fuente, esta vez, se halla en el Modernismo decadente,[9] al cual Leduc se integraría con fervor. Eclecticismo, pues, que, desde nuestra atalaya, presidió el Realismo —por el apego de Leduc al Verismo, condimentado con referencias al periodo de la Reforma, a las instituciones de la época y al trazado urbano de la Ciudad de México—, así éste tuviese a un lado los recursos poéticos del Modernismo —sobre todo, en la profusa adjetivación y en las continuas reiteraciones de palabras y oraciones, modulando el ritmo narrativo—, signos de la evolución del creador queretano.

La posible vigencia de *Un calvario. Memorias de una exclaustrada* no sólo dependería de los atributos formales y estéticos —quizá más atractivos para los historiadores y críticos literarios—; también abonan a ello las problemáticas humanas convocadas a dicho relato breve. Ahí está la desintegración familiar, con el padre ausente —ausencia jamás explicada por el narrador—, la madre enferma de tuberculosis, cercenada vital y afectivamente por la pobreza extrema, y la tía aferrada a su fanatismo religioso, coro a tres voces aullando el concierto de desamor de la protagonista. Y también doña Antonia del Villar, quien, para lavar culpas, bene-

ficia con hospedaje y monedas a sor María de Jesús y a su tía, sor Lorenza, así les regatee todo viso de ternura, y Ricardo del Villar, el frívolo, alcohólico y mujeriego hijo único de aquélla, violando los labios virginales de la joven religiosa con un beso pleno de ebriedad y carnalidad bastarda. También la violencia doméstica, venida, por un lado, del insulto erótico de Ricardo del Villar y, por el otro, del rechazo de los vecinos a la heroína en el hogar —si hogar puede llamarse a ese apando de soledad y mezquindades— presidido por el siempre "bonachón y sonriente" Fortunato, quien, inmisericorde cancerbero de la vecindad "de aspecto conventual y sombrío", propiedad de varios sacerdotes católicos, se encarga del cobro de rentas y de la expulsión de los miserables que no pueden cubrir el pago. Desintegración familiar, desamor y violencia doméstica se unen a la hipocresía de los bendecidos por el sistema económico y social del México de finales del siglo XIX, ya sea en calidad de privilegiados comerciantes, banqueros, altos representantes eclesiásticos, terratenientes, rentistas, hombres y mujeres del poder —como las venales madres superioras del convento capuchino donde profesó sor María de Jesús, los oportunistas políticos de la Reforma, la familia Del Villar—, ya en calidad de testaferros de aquéllos —verbigracia, los administradores de la familia aquella o el vil e inculto Fortunato—. Esa

hipocresía se destaca en Antonia del Villar, benefactora no por encomiable altruismo, sino por ser éste el pago para lavar sus pecados y culpas, a fin de alcanzar un sitio en el reino de los cielos; en Ricardo del Villar, atado a la frivolidad, el derroche alcohólico y prostibulario, la burla de honras y virginidades, encubierto todo con un conveniente matrimonio con una joven madrileña, de donde se deriva su falsa imagen social y familiar y su preponderancia económica; en "el hermano Fortunato, lego profeso y sacristán del templo del barrio", quien, de cara a los demás, pasa por devoto, generoso, decente, plácido, siendo, en lo íntimo, despiadado, egoísta, malsano. Todo ese entorno —donde la desaparición física de un ser amado es insignificante, pues ¿a quién, si no a sor María de Jesús, le importa el deceso de la madre, o la tía, o el gato Chiquito, único y precario amor, envenenado por el perverso Fortunato?— afectará a la típica heroína del realismo, una desolada huérfana, víctima de "tentaciones y caídas", pero afanada "en permanecer en el terreno de la virtud",[10] carente hasta de sí misma, antecesora de varios millones de mexicanos que transitan hoy por entre las negras uñas de la infamia en que apenas unos cientos de depredadores han convertido al México del siglo XXI. Identidad genérica, eclecticismo estético, compacta composición de la historia —salpimentada con sintéticos envíos al

pasado de la protagonista—, sutiles recursos y estrategias narrativos —narrador omnisciente, exordio para ubicar el presente de la narración, espacio y tiempos perfectamente identificables por el lector, puntuales ritmos discursivos, la escritura poética, protagonista inolvidable— y actualísima temática de *Un calvario. Memorias de una exclaustrada* le dan a este relato breve contemporaneidad con las ocupaciones y preocupaciones de los lectores de la vigésima primera centuria, concretando, en Alberto Leduc, una de las muchas reflexiones de Carlos Monsiváis: "Todo sentido histórico languidece cuando ya casi ningún protagonista del pasado es entendido genuinamente como nuestro contemporáneo."[11]

Cada uno de los atributos y defectos —que también los hay— de Leduc forjaría una narrativa placentera e inquietante, dominada por temas candentes, composiciones poco complejas, escritura hermanada con la poesía, historias nacidas de experiencias reales, con personajes prototipos: féminas del día o de la noche, intelectuales o amorosas, fatales o sumisas —en todos los casos, con sinos trágicos—, locos, suicidas, homicidas, alcohólicos, drogadictos, infieles, en fin, una galería de seres grises y pequeños habitando el lado moridor de la existencia o de seres violentos y anormales macerando la tranquilidad de las buenas conciencias.

Y no era Leduc el único con esas inclinaciones: en su tiempo se hallan el más puro realista, Hilarión Frías y Soto, con *Vulcano* (1882); el enemigo de la injusticia social, Pedro Castera, con *Las minas y los mineros* (1882); el tierno impresionista, Ángel de Campo, con *Ocios y apuntes* (1890), *Cosas vistas* (1894) y *Cartones* (1897); los logradísimos naturalistas Amado Nervo, con *Pascual Aguilera* (1899), y Federico Gamboa, con *Santa* (1903); el fino y elegante Manuel Gutiérrez Nájera, con toda su narrativa —reunida en *Cuentos completos* (1958)—; el atrevido creador de atmósferas, Carlos Díaz Dufoo, con *Cuentos nerviosos* (1901); el apabullante y desparramado narrador de anormalidades, Ciro B. Ceballos, con *Un adulterio* (1903); el creador de historias alucinantes y mordientes, Rubén M. Campos, con *Claudio Oronoz* (1906) y los cuentos reunidos en *Obra literaria de Rubén M. Campos* (1983) y *La cuentística de Rubén M. Campos* (1996); y el espíritu trágico de las desmesuras interiores, Bernardo Couto Castillo, con *Asfódelos* —hoy a la mano en *Cuentos completos* (2001) y *Obra reunida* (2014)—, además de Jesús Urueta —cuyas *Obras completas* son de 1930—, José Ferrel y Jesús E. Valenzuela, estos últimos en espera de su rescate y valoración. Toda una pléyade, pues, de creadores dedicados a mostrar el lado oscuro de la existencia, ese mismo que tendrá un espacio en la obra de narradores posteriores, como

Consuelo Uranga, entre los proletarios,[12] José Revueltas y su *Apando* (1969), Roberto López Moreno y *Yo se lo dije al presidente* (1982), Emiliano Pérez Cruz gritándonos *Si camino voy como los ciegos* (1987) y *Borracho no vale* (1988) o muchos de los nacidos de 1970 en adelante, sobre todo los practicantes de la narconarrativa.

Así pues, *Un calvario. Memorias de una exclaustrada* no sólo es palabra viva en el tiempo, sino raza y espíritu, arte, ciencia y luz, restos sin naufragio, ternura contra la injusticia y, sobre todo, un ya basta de llorar a solas, hermanito, ya basta. Sólo por eso, vale la pena leer este relato breve; sólo por eso vale la pena Dios... la pena vale.

I
SOR MARÍA

Sor María de Jesús vivió desde su infancia entre los muros del convento de Capuchinas; su existencia se había deslizado monótona y tranquila en la celda, en el coro y del altar a la celda, sin que nada turbara la absoluta paz de su alma.

Desamparada y huérfana cuando apenas entraba a la vida, encontró un abrigo provisional en la celda de su tía la tornera, hasta el día en que profesó y fue preciso que ocupara, sola, uno de los estrechos recintos que la comunidad ofrecía a sus queridas hijas.

Para sor María el mundo era un enigma, una palabra oscura cuyo significado desconocía y que tomaba la forma de ensueño fantástico en su tierna imaginación de virgen enclaustrada.

¿Qué conocía del mundo? Apenas las doradas casullas con que se vestía el Ilustrísimo Señor los días de victoria sobre el ejército de la Reforma, para entonar el *Tè Deum* solemne en acción de gracias al Dios protector de la santa causa; apenas el séquito brillante de familiares y predicadores y presbíteros y diáconos que,

acompañando al Señor Ilustrísimo, llenaban las gradas del altar majestuoso del templo de Capuchinas.

Aquel altar iluminado desde la bóveda hasta el ara, aquella atmósfera saturada de aromas de flores y de incienso, la figura altiva del Ilustrísimo Señor cubierto con espléndida capa pluvial y dorada mitra, su voz potente y sonora, que lo mismo cantaba *Te Deum laudamus* que dictaba órdenes en la Asamblea de Notables, y aquella nave del templo de Capuchinas, poblada de elegantes damas y apuestos caballeros los días de *Te Deum*, era todo cuanto sor María de Jesús conocía de esplendores mundanales.

Sólo en esos días llegaban hasta ella algunos ecos perdidos de esas existencias, cuyo ligero y rápido contacto le causaba rubores, deseos, melancolías desconocidas y sollozos ahogados entre las paredes blancas de su celda. En las noches de días de fiesta religiosa, la madre capuchina se retardaba en el coro después de maitines, y esperaba quedarse sola, como para recoger las últimas exhalaciones de las flores y del incienso, como para escuchar el eco del frufrú de las sedas y de los encajes que habían rozado el pavimento, como para evocar la visión magnífica del Señor Ilustrísimo y su brillante cortejo, y, fatigada de sentir, se encaminaba a su celda, veía aquella soledad blanca y un prolongado suspiro se escapaba de su pecho. ¿Por qué se turbaba la

paz de su alma aquellos días con los perfumes, el murmullo humano y el esplendor de la nave?

—El Demonio —murmuraba como despertando de un letargo, y poseída por supersticioso terror se arrojaba sollozando sobre el durísimo lecho que la regla de san Francisco imponía a sus hijas.[14]

—¡El Demonio —repetía—, la carne, el mundo!

Pero ¿qué recordaba del mundo la pobre enclaustrada? Apenas la casita húmeda y sombría en donde había comenzado su peregrinación en la vida; apenas las primeras pobrezas pasadas allí y en otras habitaciones semejantes; el llanto de la madre durante los días sin pan, y su tos seca y su fatigoso respirar que la despertaba a la mitad de la noche.

Después... Una mañana glacial de enero, la madre no había despertado, y la niña, acompañada de una vecina, fue a buscar a sor Lorenza, su tía, la tornera de Capuchinas.

Cuando la tornera, tía de la huérfana, llegó a la pobre habitación húmeda en donde había muerto su hermana, se arrodilló a orar junto al cadáver, murmuró a media voz: "Dios la perdone", y después de encender cuatro velas en torno de la madre dormida, habló con la vecina, le dio dinero y tomando de la mano a la niña huérfana:

—Desde hoy —le dijo— vivirás conmigo en el convento, serás monjita, ¿quieres?

La niña inclinó la cabeza, miró por la vez última a la madre que dormía al resplandor de los cirios y, conducida por la tornera, llegó hasta la celda de paredes blancas en que habitaba sor Lorenza. Luego, los recuerdos eran menos confusos, aparecían más claros en la oscura noche de su pasado.

Se miraba, el día de la profesión, tendida cual cadáver sobre las gradas del altar, escuchando las voces todas de la comunidad que entonaba con lúgubre son las letanías de los santos, y miraba las crenchas abundantes y negras de sus cabellos, cortadas a raíz y ofrecidas a la santa Madre del Refugio. Después recordaba las lecturas a solas y en comunidad de la *Regla de las pobres monjas capuchinas observantes*,[15] recordaba también los maitines a la mitad de la noche, las confesiones en el capítulo y el desfile constante de aquel conjunto de desterradas de la vida, de las cuales ella formaba parte. Pero desde el triunfo del partido conservador, desde que cada derrota sufrida por los liberales se solemnizaba con un *Te Deum*, la visión de la nave y del altar en aquellos días ofuscaba todos los otros recuerdos en la mente de sor María.

Y al llegar a esta última decoración que aparecía en el panorama de sus recuerdos, se dormía la pobre capuchina, pensando de antemano en el próximo *Te Deum*, para admirar los magníficos roquetes de Bruse-

las y de Valencia, para escuchar el frufrú de los trajes de las damas, para dilatar sus narices y aspirar mejor el místico aroma del incienso y de los cirios, mezclado a las exhalaciones de los mundanos perfumes que subían desde la nave hasta el coro.

Así, pues, se pasaban los días monótonos e iguales para la capuchina hasta la próxima festividad.

Triunfó la Reforma y un negro nubarrón de abatimiento y de tristeza se extendió sobre todas las comunidades.

¡Cuántas noches largas, tristísimas e insomnes, de aquellas que precedieron a la noche terrible de la exclaustración, la madre superiora pedía una oración después de maitines, imploraba una plegaria por los enemigos de la Iglesia, una plegaria que aplacase la ira celeste, que calmase la cólera del Dios de Israel fulgurada contra sus hijos más queridos!

¡Oh!, aquel edificio místico iba a derrumbarse, aquella torre cuyos cimientos fundaron san Francisco, santa Clara, santa Coleta y muchos otros arquitectos espirituales, se desmoronaba al terrible choque de las leyes reformistas, al soplo destructor de las ideas modernas.

Sor María escuchó impasible la noticia fatal; su organismo habituado a la sistemática existencia de las comunidades no resintió conmoción ninguna al pen-

sar de pronto que iba a separarse de aquellos fantasmas pardos velados de negro, junto a los cuales había pasado los mejores años de la vida.

Pero presintiendo un cambio completo en su porvenir, su cuerpo todo se estremeció con ese involuntario estremecimiento que se experimenta ante la oscuridad inmensa de una mar bravía en la mitad de la noche, y sintió la angustia mortal que se siente ante lo negro de lo desconocido, ante la incertidumbre de lo futuro.

—¿Qué va a ser de mí? —se preguntaba.

Jamás desde su entrada al convento había necesitado la compañía de la madre-escucha para recibir la visita de algún pariente, nunca devoto alguno había preguntado por ella a la madre tornera, ni nunca tampoco al pasar cerca de la fuente había experimentado como otras la tentación de levantar el paño para mirarse el rostro macerado.

Sus ojos brillantes y negros permanecían siempre hundidos en la noche de dos círculos violáceos, cuya obscuridad aumentaban sus largas pestañas y las tinieblas de su velo.

Nunca el hábito pardo, la nudosa cuerda ceñida a la cintura, ni las repetidas lecturas de la *Regla de las pobres monjas capuchinas observantes* habían despertado en ella sensaciones de místico placer ni tristeza por la pérdida del mundo.

Sor Juana, sor Águeda, sor Lorenza su tía y otras eran citadas con frecuencia por la madre superiora como dechados de virtudes, como observantes modelos de la santa regla; sor María, sor Epifania, sor Ángela y muchas de las jóvenes eran reprendidas en el coro por negligentes y por tibias, pero a sor María de Jesús no le reprocharon nunca su negligencia ni la citaron como modelo de observancia.

Cumplía y observaba la regla y las prácticas diarias, como un buen obrero de aquellos que tallaban piedras para las catedrales de la Edad Media, sin preocuparse nunca si su piedra sería colocada al frente o en un costado; cumplía y observaba la regla como aquellos obreros cumplían su faena diaria sin esperar alabanzas, sin tener reproches.

Para sor María de Jesús, solamente los solemnes *Te Deum* habían sido acontecimientos notables, sólo aquel esplendor y aquellos perfumes habían impresionado su atrofiada sensibilidad.

Pero la noche última que debería pasar en el convento, se sintió conmovida hasta llorar, miró en derredor suyo y no encontró hacia quién volver los ojos. Levantó sus miradas llenas de mística esperanza hacia el Celestial Esposo enclavado en la cruz y por la vez primera lo encontró impasible e indiferente a su dolor.

Entonces recordó aquella helada mañana de enero, en que la madre no había despertado y lloró el recuerdo de la muerta, lloró amargamente al comparar los consuelos que le hubieran causado las palabras de aquel ser y el consuelo que le causaban las miradas polvosas y fijas del crucificado.

II
LA EXCLAUSTRACIÓN

La campanita vibrante del convento, rompiendo el sepulcral silencio que envuelve la ciudad, llama a maitines por la postrera vez.

Treinta y tres fantasmas velados de negro, con la cuerda y el rosario ceñido a la cintura, toman asiento en los sillones del coro y entonan con fatídica voz los salmos del rey profeta.

Y aquellos cantos parecían el eco lejano de un osario en donde un conjunto de esqueletos salmodiase una oración funeraria.

—Hijas mías muy amadas —prorrumpió la superiora cuando el canto hubo concluido—, Dios nos pone a prueba, acatemos sin murmurar sus secretos designios, resignémonos a sufrir las injurias y las humillaciones que nos esperan.

"En medio de sus más cruentos dolores, el mártir sacrosanto del Calvario encontró para sus enemigos estas palabras que sólo el cristiano sabe pronunciar: perdónalos, Señor…

"Mañana se dará cumplimiento a la nefasta Ley de 5 de Febrero: mañana, hermanas queridas, seremos arrojadas de nuestro convento: pero no les maldigáis, no; decidles como el cordero sacrificado en el Gólgota: perdónalos, Señor... Perdona a nuestros gobernantes, a nuestros hermanos que nos expulsan del tranquilo asilo donde te servíamos, del hogar santo donde te amábamos; Esposo Celestial, perdónalos... Y vosotras, hijas mías, prometedme cumplir nuestra santa regla a donde quiera que el destino os arroje; prometedme perdonar a nuestros hermanos que os insultan, que os escarnecen, como el pueblo israelita escarneció en la cima del Calvario al Esposo que nos espera en el celestial convento, en la morada eterna de donde nunca seremos arrojadas".

Cayó la noche siguiente, lúgubre y cargada de sombras para aquellas almas contemplativas, de las cuales muchas contaban medio siglo dentro del sagrado recinto del convento; para éstas, para quienes no existía otro universo que la celda, otro sentimiento que el amor a Dios, ni otro ser digno de amar, que no fuera el Esposo Celestial, aquella noche de la exclaustración representaba un cataclismo, una hecatombe, el comienzo de una era de desgracias para el pueblo ingrato que, a semejanza del hebreo, crucificaba al Maestro. Las calles adyacentes a los conventos se poblaban de carruajes

elegantes, prontos a conducir a las exclaustradas a los asilos que les brinda la piedad de las aristocráticas damas de la ciudad.

Una a una todas pasaron el dintel de la celda a donde no volverían jamás, una a una todas pronunciaron la protesta que exigía de ellas la Ley de 5 de Febrero. Todas pronunciaron la protesta, pero muchas enérgicas hubo que agregaron: "Protesto que salgo por obedecer al gobierno, no por mi voluntad".

Todas las del convento de Capuchinas desfilaron frente a la santa Madre del Refugio, que pendía en el exterior del muro que cerraba la calle llamada de Lerdo actualmente;[11] y todas, levantando los ojos hacia el lienzo colosal, imploraban con la mirada la protección de la Madre santa que parecía abandonarlas.

Todas sintieron aquella noche más dolorosas, más punzantes las mallas de los cilicios ceñidos a la cintura, más áspero el sayal burdo que mortificaba sus maceradas carnes de penitentas. Y era que las mallas de los cilicios punzaron el alma aquella noche en su parte más sensible, en el rincón donde se albergan la esperanza y la fe.

Era que las sencillas monjas soportaron el golpe por "amor a Dios"; pero las del alma complicada se permitieron un instante el libre examen, y como relámpagos fugitivos pasaron estas preguntas por sus mentes:

¿Por qué si el Esposo Celestial es omnipotente, permite que sus vírgenes muy amadas se dispersen? ¿Por qué no destruye las impías manos que derrumban los edificios levantados a fuerza de oraciones y de fe?

Sor María de Jesús no fue ni de las sencillas que soportaron la prueba por amor a Dios, ni de las complicadas que se permitieron dudar de la omnipotencia del Esposo. ¡No! La sensibilidad de sor María debía tardar en despertarse, y las maceraciones, los ayunos y la vida conventual habíanla como aletargado en vez de exaltarla.

Y así como se acumula destructora lava en el cráter de un volcán, así se acumulaban la ternura y el amor en el corazón de sor María para un esposo que no era el Celestial, para una madre que no era la del Refugio, para una amiga que no fuese su tía la tornera. Sor María pronunció la protesta de la ley con la misma indiferencia que había pronunciado el voto, y pasó impasible frente a la madre santa del Refugio, acompañando a sor Lorenza para subir al carruaje de la señora Del Villar, que las condujo a una suntuosa morada de la calle de Donceles.

Y cuando atravesaron los elegantísimos salones de la casa Del Villar para tomar posesión del aposento que iba a substituir la celda de Capuchinas; cuando, a través del velo, sor María contempló su silueta de pardo

fantasma retratada en la transparencia de los espejos colosales que adornaban los muros; cuando percibió el vago perfume que se escapaba por la puerta entreabierta de la alcoba de la señora Del Villar, sor María experimentó la misma sensación extraña e indefinible que experimentaba a la hora de maitines las noches de días de *Te Deum*, cuando el aroma de las flores y del incienso turbaba su ser, cuando la visión de las damas elegantes y los aristocráticos familiares del Señor Ilustrísimo, evocada en mitad de la oscura noche del templo y al monótono arrullo de los *Domine labia mea aperies*, pasaba ante su imaginación tierna de virgen enclaustrada.

Pero no todas las proscriptas encontraron asilo seguro como María de Jesús y la tornera; y al acabarse aquella noche, la santa Madre del Refugio pudo mirar, desde su cuadro inmenso, algunas de sus hijas que habían vagado toda la noche sin encontrar un albergue, ni aun siquiera un lecho duro donde descansar sus miembros macerados de penitentes.

La santa Madre del Refugio lo miró, sí; lo pudo mirar por la postrera vez, pues muy pronto la Reforma iba a derrumbar aquel muro de donde pendía la imagen, para dar paso a una calle en donde, entre otros edificios, se levanta hoy el Banco de Londres.[17]

Y algún día, cuando las ideas de socialismo y destrucción que minan la vieja Europa invadan este terri-

torio americano, los hijos de la generación que pasó sobre los escombros del convento de Capuchinas, pasarán a su vez sobre los escombros de los edificios que levantó la Reforma.

III
FUERA DEL CONVENTO

Las exclaustradas seguían observando fielmente su regla en las habitaciones que la piedad les ofrecía. Sor Lorenza y su sobrina no dejaron un sólo día de oír la misa que el director espiritual de la señora Del Villar decía todas las mañanas en su oratorio; sor Lorenza y su sobrina no dejaron de ayunar un sólo viernes, de recibir dignamente la santa hostia todos los domingos, ni de levantarse a maitines todas las noches a la misma hora que en mejores tiempos llamaba la campanita vibrante de Capuchinas.

Ricardo del Villar turbó muchas noches con sus vacilantes pasos de trasnochador elegante la calma de la hora de maitines en la morada de Donceles, y sor María de Jesús no sabía explicarse la turbación que le causaba a esas horas la llegada del heredero único de la señora Del Villar. La enclaustrada no comprendía tampoco por qué temblaba los domingos en el comedor vasto y severo cuando la madre de Ricardo invitaba a sus místicas huéspedes a tomar el té, en su mesa rodeada en un tiempo por todas las eminencias del partido con-

servador, y sor María difícilmente dominaba el estremecimiento involuntario que le causaban las miradas de Ricardo.

Un observador sutil habría podido clasificar perfectamente aquellos cuatro tipos de la especie humana. ¡Oh, cuántos y cuán variados tipos presenta esta especie curiosísima!

Algún domingo a la hora del té, cuando el sol de la tarde atravesando los cristales multicolores del tragaluz salpicaba de variados matices el oscuro tapiz del comedor, el observador sutil hubiera adivinado muchos matices multicolores, muchos sentimientos, muchos deseos y muchas aspiraciones, todas desiguales entre aquel conjunto de almas.

El analista habría reconocido al perfecto modelo de la religiosa observante en sor Lorenza.

La ex tornera comía poco, hablaba menos, fruncía las miradas y sólo aceptaba la invitación al té como una nueva mortificación llevada en paciencia por complacer al Esposo Celestial.

En las melancólicas y profundamente azules miradas que la señora Del Villar dirigía a las religiosas, hubiera reconocido el analista a la dama aristocrática y mundana que disgustada de todo se refugia en la devoción. Y la dama de azules miradas y abundantes madejas rubias blanqueadas ya por la nieve de la existencia gus-

taba mucho de la compañía de las enclaustradas, y aun llegaba a envidiarlas; como todas las almas delicadas y sedientas de ideal, que después de gastar locamente los años de su juventud se entregaban al misticismo y hallan la paz del alma y la satisfacción de todos sus deseos morales en la neurosis extrema de Teresa de Jesús.

La señora Del Villar escuchaba sin enfadarse las amonestaciones severísimas de sor Lorenza. Repetíale con frecuencia las palabras terribles y amenazadoras de Cristo, cuando al hablar de las vírgenes perezosas decía... "Y vosotras estad preparadas porque no sabéis el día ni la hora".

La ex tornera amonestaba severamente, sí, siempre que veía aquella hermosura decadente, y que algunas veces se sublevaba contra los años, engalanarse con las joyas riquísimas que habían brillado en cien saraos y acariciado con sus facetas resplandecientes la mórbida garganta de la madre de Ricardo; y a la elegante y devota dama le agradaba escuchar sin enojos las amenazas de la tornera, como todos los que después de embriagarse con el aroma peligrosísimo de las adulaciones, aspiraban el perfume suave de la sinceridad.

Sor María, en vez de amonestar a la señora Del Villar, miraba con ojos asombrados aquella blancura de garganta que hacía resaltar el brillo de la pedrería, y en su candor de tórtola enjaulada quería saber a dónde

iba Antonia del Villar, qué ocupaciones podía tener la madre de Ricardo a esa hora silenciosa que la tornera murmuraba fervorosamente *Deus in adjutorium meum intende* y que ella, evocando la mágica visión de doña Antonia engalanada, contestaba como un autómata: *Domine ad adjuvantum me festina*. ¿De dónde llegaba doña Antonia y su hijo a esa hora tristísima del amanecer, cuando la sangre que el cilicio había hecho brotar pegaba al sayal las maceradas carnes de la tornera y de su sobrina? ¡Oh! Sor María comenzaba a subir la pendiente escabrosa de su Gólgota, sor María no pronunció nunca las palabras "vocación errada, sacrificio, abnegación"; pero empezaba a descorrerse el velo que había cubierto sus ojos tantos años, y comprendió que debe haber caricias más agradables que las miradas polvosas de una imagen del Redentor, que debe haber seres más dignos de amarse que la tornera y el director espiritual, que deben existir mujeres más felices que las que claman *Dies irae* en la mitad de la noche y martirizan con cilicios la delicadeza de sus carnes.

Sor María perdió su tranquilidad por completo. La oración y las prácticas espirituales le causaban malestar profundo y la compañía de la tornera se le hacía insoportable; la exclaustrada sólo experimentaba el bienestar infinito y consolador las tardes en que la señora Del Villar comía con su hijo, y éste se retardaba saboreando

el té y bromeando a la ex tornera. Aquellas tardes en que los rayos del sol atravesaban los multicolores cristales del tragaluz del comedor y alumbraban a las exclaustradas, a la viuda rica y a su hijo, fueron las mejores horas de la existencia de sor María. Algunas veces Ricardo del Villar fijaba en los ojos negrísimos de la exclaustrada sus miradas sensualísimas de elegante y rico; pero ella se ruborizaba, bajaba los párpados y al palpar la profundidad de lo irreparable entre Ricardo y ella, lloraba interiormente sobre las ruinas de su felicidad. Pero se juraba también que Ricardo nunca sospecharía la intensidad del sentimiento que había inspirado. Y si sor María experimentaba un consuelo inefable en mirarlo y oírle hablar, mientras su pasión no la traicionaba, parecía indiferente y no levantaba nunca las miradas.

Quizá porque las afecciones verdaderamente grandes se parecen a las mujeres honradas que pasan por el mundo siempre con las miradas bajas como temiendo ser descubiertas.

Los meses corrían al parecer monótonos e iguales para aquellas cuatro almas; pero las turbaciones de sor María aumentaban y su voluntad no era ya suficiente a dominarlas.

La ex tornera explicaba aquellas turbaciones, diciendo: "Tibieza, hija mía, tibieza de tu alma en la vida devota, tentación fuerte del espíritu maldito"; pero

doña Antonia penetraba muy bien el misterio de aquella alma, y aterrada ante su culpabilidad inconsciente, se propuso curar, aun cuando fuera bruscamente, aquella herida abierta por su hijo en el alma blanca y mística de la exclaustrada.

IV
LA CAÍDA

La ex tornera y su sobrina habitaban un cuarto severamente amueblado en un extremo del largo corredor de la mansión de doña Antonia. Dos catres, un cristo, dos sillas y una mesa con libros piadosos y bujías de cera, era todo lo que la ex tornera había aceptado de la viuda Del Villar. Y cuando sor Lorenza, siguiendo la costumbre conventual, despertaba a sor María a la medianoche para rezar maitines, ésta se restregaba los ojos, sentaba frente a ella, y ambas imploraban a Jehová leyendo en alta voz los salmos del profeta. Regularmente la ex tornera se dormía después; pero su sobrina, agitada e insomne, se paseaba todavía algunas horas por el corredor recorriendo las cuentas de su rosario.

Una noche que el satélite brillante en plenilunio, y mientras la exclaustrada recorría su rosario murmurando avemarías, Ricardo del Villar llegó, hizo girar la puerta y sor María, temblorosa y como petrificada, no tuvo tiempo ni voluntad para huir a su aposento.

Ricardo, tambaleante y con el sombrero echado hacia atrás, subió la escalera y se encontró frente a frente

de la exclaustrada. La luz argentina del satélite iluminaba el rostro pálido de Ricardo, sus pupilas azules cintilaban, y cuando miró a sor María:

—Madrecita —le dijo riéndose—, y le agarró las manos.

Sor María sintió como que todo giraba en torno de ella, como que el pavimento se hundía, y no pudiendo ni lanzar un grito ni dar un paso, se quedó inmóvil y bajó los párpados.

—Madrecita —repitió Ricardo del Villar—, ¡qué linda es usted!

Después le enlazó el talle con el brazo izquierdo, la atrajo hacia su pecho y le violó la virgínea boca con los labios.

Sor María se desasió bruscamente de entre los brazos de Ricardo y, febril y con los miembros temblorosos, se refugió en su habitación, se arrojó en su lecho sintiendo como que iba a saltársele el corazón, como que su cerebro hervía y como que los pocos muebles de la alcoba tomaban proporciones gigantescas y giraban en derredor de sus miradas.

Permaneció con los ojos abiertos mucho tiempo, mirando frente a ella sombras confusas, fantasmas vagos, formas semejantes a madres capuchinas que la señalaban y la maldecían.

Después de largo rato, se durmió profundamente, y cuando la ex tornera la despertó para ir al oratorio a misa, sintió todavía como una quemadura en los labios, sintió todavía la sensación precisa de aquel primer beso, de aquel contacto de sus labios con los violadores labios de Ricardo del Villar.

Y el recuerdo de aquel beso quemador hacía correr por todo su organismo algo como un cosquilleo, como una caricia eléctrica e inquietadora.

Su primer pensamiento fue confesar todo a la ex tornera y a la señora viuda Del Villar, pero reflexionó un momento, pensó en el escándalo y decidió callarse.

Al otro día se fingió enferma, y durante algunas semanas dejó de asistir al comedor.

V
LA SEGUNDA EXCLAUSTRACIÓN

A la noche siguiente, ya Ricardo del Villar había olvidado la escena del beso dado a sor María frente al satélite en plenilunio, y sólo siguió ocupándose de sus corbatas, sus guantes, sus armas, pero doña Antonia palpó la miseria de la capuchina exclaustrada y antes que siguiera desgarrando aquella alma blanca, la viuda opulenta dispuso hacer un viaje a España con su hijo, dejando a las exclaustradas una modesta pensión que les permitiera vivir con desahogo.

Sor Lorenza y su sobrina se despidieron de su protectora y fueron a ocupar una vivienda mezquina en su segundo patio.

La ex tornera bendijo a la Providencia, oró por sus protectores y dio gracias al santo padre san Francisco que le había concedido acabar sus días en la pobreza que ordena la santa regla; pero cuando sor María salió de la casa de Donceles, sintió una angustia mucho mayor a la que había sentido a la noche de la exclaustración, y dejó que su corazón oprimido desechara tanta hiel cuanta se había acumulado en él.

Después, ya en la vivienda del segundo patio, sólo el recuerdo de Ricardo y la imagen vaga del comedor con tragaluz de cristales multicolores alumbraban las tinieblas de su noche moral.

Pasaron diez años lentos e iguales en aquella vivienda, sor María envejeciéndose, la ex tornera achacosa y enfermiza acercándose al sepulcro, el administrador de la señora Del Villar presentándose con toda puntualidad cada mes a entregar la cantidad ofrecida… y la imagen de Ricardo, y el recuerdo de aquel beso violador, perdiéndose cada día más, empañándose por la pobreza y por el tiempo en la imaginación de la exclaustrada.

VI
SOR LORENZA

La ex tornera expiró una tarde glacial de noviembre en los brazos de sor María, sin exhalar una queja ni un reproche, sin echar de menos otra cosa que no fuera la celda de Capuchinas, para agonizar sobre uno de los duros lechos donde habían agonizado tantas madres.

Sor Lorenza murió tan tranquilamente como había vivido, miró con imperturbable calma acercarse el fin de las pruebas, miró llegar la última, la suprema, con la serenidad del justo que cree y espera entrar a la mansión tranquila en donde su espíritu ha de reposar eternamente.

¡Dichosa la ex tornera! ¡Feliz sor Lorenza! ¡Bienaventurados los pobres de espíritu! Si no es quimera el reino celestial, a ellos debe pertenecerles, a ellos que como sor Lorenza nunca se preguntan por qué han nacido, y si alguna vez esta inquietadora pregunta se presenta, saben contestarla, calmando sus angustias inquietantes y diciéndose "para amar y servir a Dios". Frase que calma sus penas, amortigua sus dolores y llena sus almas de santa unción, de tranquilidad suprema.

Sor María fue la única que acompañó a sor Lorenza a su celda postrimera. El administrador de la viuda Del Villar pagó los gastos últimos que ocasionó la ex tornera y cuando sor María miró a los camposanteros echar las paletadas de tierra sobre el ataúd en que iba a pudrirse el cuerpo de su tía, el sol iba a ocultarse ya, el tren iba a partir, y la exclaustrada atravesó muy de prisa las avenidas de cipreses que el viento hacía gemir. Subió al tren y, como si la masa negruzca de árboles la fascinara, se quedó mirando fijamente el cementerio que se alejaba de sus ojos. Sintió frío y terror, le pareció que la ex tornera veía desde su ataúd el fondo de su alma y le reprochaba aquel beso de Ricardo del Villar recibido en los labios a la claridad argentada del plenilunio. Levantó la ventanilla para no ver ya la masa de árboles negros, se rebujó y pensó deliciosamente en aquel beso.

—¡Ricardo! —murmuró débilmente y sintió calosfrío creyendo escuchar la voz de sor Lorenza que la despertaba a maitines.

Cuando llegó a su mezquina habitación, recordó aquella mañana lejanísima, cuando la madre se había quedado dormida a los resplandores de los cuatro cirios, recordó toda su existencia desde aquel día, y arrojándose nerviosa y convulsa sobre su lecho, lloró amargamente hasta muy entrada la noche.

Después se durmió, deseando no despertar jamás.

Y desde aquel día no más maitines, ni frecuentes prácticas, ni cilicio pegado al cuerpo, ¿para qué?, puesto que todo le causaba tedio y malestar.

Doña Antonia, viuda Del Villar, no volvió nunca a su patria ni a su espléndida morada de Donceles, y Ricardo, heredero único, unió su nombre a uno de los más ilustres de la aristocracia madrileña.

VII
LA TERCERA CELDA

Los vecinos de una casa de aspecto conventual y sombrío, situada en una calle cercana al palacio episcopal, recuerdan haber visto, una nublada y fría tarde de octubre, llegar a la vecina nueva que disponía su escaso y usadísimo mobiliario en las oscuras habitaciones del catorce.

Las viviendas de la planta baja de la nueva casa en donde iba a habitar sor María estaban numeradas del uno al diez y seis y habían sido graneros durante mucho tiempo, graneros en los cuales los sacerdotes propietarios de aquella finca conventual guardaban las primicias y los diezmos; pero la Reforma, las impiedades modernas y la nacionalización de los bienes eclesiásticos, al destruir el colosal edificio de las comunidades, dejaron sin objeto los graneros de aquella casa cercana al palacio episcopal.

La prevención de los administradores de esos bienes convirtió los graneros en habitaciones alquilables únicamente a personas de edificante conducta, pues para habitar allí era necesaria una carta del director

espiritual que justificara la conducta ejemplarísima del nuevo vecino.

La altura media de cada muro de los ex graneros convertidos en habitaciones era de tres metros; pero al dividirse cada vivienda en altos y bajos, quedaron reducidos los muros a un metro cincuenta centímetros de altura, altura que hacía encorvar a la exclaustrada siempre que entraba a su habitación.

Después de la muerte de la ex tornera, se entibió demasiado el celo religioso de su sobrina, no muy ardiente ya desde la exclaustración de Donceles, y sor María hubo de necesitar toda la influencia de su director espiritual para adquirir la llave del catorce.

La ex capuchina seguía recibiendo, con mucha irregularidad, por cierto, la suma que doña Antonia antes de morir le asignó; pero esta irregularidad era debido a los involuntarios olvidos de Ricardo y a sus mundanas ocupaciones, a las cuales se había entregado por completo, no obstante su matrimonio desde la muerte de la señora viuda Del Villar.

VIII
EL HERMANO SACRISTÁN

Atravesó, pues, sor María de Jesús, una tarde nublada de octubre, el ancho patio de la casa conventual, en cuyo patio el hermano Fortunato, lego profeso y sacristán del templo del barrio, cultivaba su pasión inocentísima y única: la floricultura. Pasó la exclaustrada acompañando sus desvencijadas sillas, su catre de lona y su aguamanil de fierro que despedazaba con sus extremidades mohosas y despintadas las hojas de los tulipanes, los tallos de las dalias y los pétalos de las rosas injertadas por el hermano Fortunato.

Sor María siguió hasta llegar al catorce con su raquítico mobiliario, llevando en brazos el gato más escuálido y famélico que habían visto hasta entonces los vecinos de la casa conventual.

Chiquito era pardo como el sayal que la capuchina había vestido en el convento, pardo como los años que se siguieron a la exclaustración de Donceles, pardo como el cielo tristísimo de otoño que cubría aquella tarde a la exclaustrada caminando lentamente hacia la cima de su Gólgota. Concluida la rápida instalación de sor María en su nueva vivienda, el primer

cuidado de la capuchina fue alimentar a su gato. Cesaron entonces los maullidos del felino, restregose a la enagua raída de su ama y esperó pacientemente que ésta le atase con un cordel al pie del catre de fierro en que dormía.

Las pupilas fosforescentes y redondas de Chiquito cintilaron toda aquella noche como cintilan las tumbas olvidadas en los cementerios. Su escualidez y su raquitismo estaban en armonía perfecta con el raquitismo y la escualidez de la nueva vecina. Porque la nueva vecina no era ya la monjita pálida de ojos brillantes a quien Ricardo del Villar había mirado en un ángulo de la mesa de roble a los cambiantes matices del sol poniente que atravesaba el tragaluz; sor María ya no era la capuchina tímida a quien el joven alegre le había violado los labios con ósculo febril. Actualmente era la beata vestida con jirones de dudoso color, ahora era la mujer de huesosa faz que pasaba las tardes con Chiquito sobre las rodillas, perdiendo en sus miradas de felino las suyas hundidas y brillantes de famélica.

Desde la muerte de la ex tornera, el gato pardo había sido el único ser que miraba la decadencia de sor María; sólo él, echado en actitud de esfinge, había mirado la hornilla sin lumbre hasta las cinco de la tarde; sólo sus maullidos lastimeros habían hecho coro a los sollozos desesperados de la capuchina los días de hambre;

sólo su halagüeño runrún dio calor durante largas noches a las heladas mejillas de sor María.

Porque Ricardo, olvidando las postreras voluntades de su madre agonizante, no daba la pensión ofrecida; los meses se pasaban y sor María esperaba en vano y tenía que recurrir al tráfico miserable de rosarios y de novenas.

La monja y el gato se habían unido con el lazo indisoluble que forma la común desgracia. Ambos llevaban en sus miradas el signo inequívoco de los vencidos, la tristeza mortal de los tántalos de la existencia.

La ex monja miraba como en panorama vertiginoso lo que habría sido para ella la existencia, si hermosa, rica y libre se hubiera encontrado ser la esposa de Ricardo y la hija política de doña Antonia. ¡Qué vejez tan distinta! Tranquila, reposada, haciendo el bien como la señora Del Villar y descansándose muellemente en los recuerdos de una juventud satisfecha.

¿Pero su vejez? ¡Cuán lejos estaba sor María de tener la conformidad y la resignación de la tornera! ¡Cuán lejos siquiera de creerse digna del cielo! Y al pensamiento del infierno, sus manos se crispaban convulsivamente y la exclaustrada besaba en nervioso espasmo la piel sedosa de Chiquito.

Cuando sor María nerviosamente besaba la piel del gato, las pupilas redondas y doradas de éste lucían con

mayor brillantez, se fijaban con tenacidad en ella, y replegándose en sí mismo, daba un salto por la ventana e iba a palpar su desgracia.

La desgracia de Chiquito consistía en mirar tan cerca la blancura deslumbrante, el hociquito sonrosado y la cola sedosísima de Diana, la gata mimada del hermano sacristán.

Y cuando Chiquito corría desesperado tras de Diana, la capuchina salía también desesperada a la puerta del catorce y agitando convulsivamente los dedos de su diestra murmuraba: "¡Bichito, bichito, Chiquito!". Y el hermano Fortunato, arrancando las hojas secas del tallo de una dalia o doblando en un ángulo del patio la próxima entrega del *Mensajero Católico*, dejaba caer su cabeza enorme hacia el hombro izquierdo y exclamaba con su acento duro de asturiano inculto.

—Ya me la pagarás, gato maldito.

El hermano Fortunato, sacristán del templo cercano a donde habitaba sor María, tenía a su cargo el reparto del *Mensajero*, semanario católico, lo cual daba realce a su humildad; vendía novenas, cera de *agnus*,[1] rosarios, medallas y un opúsculo del que era autor y titulado *La vía unitiva*, vía que nos une con Dios, y en el cual el autor se hallaba muy avanzado.

El producto de la venta del opúsculo se destinaba a sostener el culto de su patrón san Lorenzo. Además,

el hermano Fortunato cobraba las viviendas, y, para ejercitar la virtud santa de la paciencia, él era quien expulsaba a los inquilinos morosos. También durante las horas que le dejaban libres sus ocupaciones, se deleitaba, como se ha dicho antes, en combinar los matices de las rosas, enderezar los tallos de sus arbustos y formar con vasos de vidrio diminutos invernaderos para las delicadas plantas que le regalaban sus admiradoras. En aquella bendecida casa, el hermano Fortunato vivía en "olor de santidad", y sus virtudes relevantes le autorizaban a tutear y llamar "hijos míos" tanto a los vecinos como a los visitantes.

Era en extremo edificante mirar cómo despuntaba el día en aquel albergue de escogidos. Allí nunca se vio la amarilla faz de Febo; pero en cambio, desde que el alba sonaba, aparecía en el patio la cara ancha, bonachona y sonriente del hermano Fortunato, siempre inclinada hacia el hombro izquierdo, siempre velada la frente por el ala ancha del negro calañés.

Como se turba la calma en altamar a bordo de los buques de guerra por las sonoridades del clarín que toca diana, así se rompía en las mañanas el sepulcral silencio de aquella bendecida mansión, por el acento duro del asturiano que de puerta en puerta en puerta clamaba:

—¡Buenos días, hijos míos!

Y un enjambre de septuagenarias salía a recibir la bendición matinal y a besar la mano que al alba echaba bendiciones y al crepúsculo injertaba rosas.

Luego, un coro de toses discordantes dejaba oír sus lastimeras notas. Doña Juana la casera hacía girar el ferrado portón sobre sus goznes y mientras las septuagenarias oían misa, las cincuentonas preparaban el desayuno sencillo y frugal.

Después, la vida empezaba monótona, igual, tranquila en aquel recinto de bienaventurados.

¿Bienaventurados Chiquito y sor María y un volteriano que habitaba el trece?

—Toma ejemplo —decía la madre del volteriano—, toma ejemplo, hijo mío, de la santa simplicidad del hermano Fortunato, imita la sencillez de su alma y lee *La vía unitiva*, en vez de esos libros heréticos e impíos.

Pero al volteriano sólo le preocupaba la existencia de sor María.

La pasión de la exclaustrada por Chiquito era ya un hecho confirmado en aquel santo recinto y el volteriano del trece solía decirse: "¿Qué catástrofes morales habrá experimentado esta alma? ¿A qué limite habrán llegado su aislamiento, la inmensidad de sus desdichas íntimas y la falta de afectos para haber cifrado toda su ternura, todo su amor, todo el cúmulo de caricias so-

focadas tantos años, en un ser irracional, abyecto y tan ingrato como la humana criatura? ¿Cómo se habrán ido sucediendo las etapas de martirio en aquella sensibilidad, para consagrar todas sus ternuras al animal de pupilas fosforescentes y redondas, al felino sedoso que calentaba sus mejillas con halagador runrún?".

Al vecino de la exclaustrada le encantaba vagar por las calles de la ciudad y seguir alguno de esos seres imposibles, de pantalón raído, de miradas hundidas, cuello escuálido y agitado andar, y solía preguntarse a menudo: "¿Qué es? ¿Un bandido o una víctima de la vida?". Y el volteriano seguía a través de barrios inmundos, de callejuelas estrechas y fangosas, a ese producto de esta civilización, y se le miraba entrar en algún chiribitil oscuro y pestilente, de donde se escapaban quejidos de criaturas hambrientas u horrendos juramentos de ebrios miserables. ¡Oh, poder conocer todo el pasado, toda la existencia, toda la vida íntima de aquel vencido! Adivinar, tras las arrugas de aquella frente, las borrascas que habían agitado su cerebro bajo los mechones de cabellos blancos; y de una mirada, de una sonrisa, de un gesto cualquiera, deducir algo de sus costumbres, de su modo de ser, de su vida interior.

¿Acaso no existen relaciones muy grandes, entre la expresión del rostro y la vida moral? ¿Acaso las noches violáceas que rodeaban los ojos de sor María no hacían

adivinar las insomnes, las tormentosas, las agitadas noches de soledad y de tristezas? ¿Acaso su retraimiento y su laconismo no hacían presentir que el silencio y el aislamiento habían sido los venenos que emponzoñaban su alma y que ahora se deleitaba en inyectarse con silencio y soledad? Y las tardes que el vecino del trece escuchaba los sollozos y los besos con que la capuchina cubría la piel de Chiquito, ¿no adivinó que aquella alma, sedienta de caricias y de ternura, nunca había conocido otras caricias que no fueran las del cilicio, ni más ternura que la impasibilidad del crucifijo y el *Ego te absolvo* del director espiritual?

Y como ante el psicológico se eclipsa el moralista de la misma manera que ante el químico desaparece el industrial, no había que condenar a sor María porque amaba un gato, puesto que su pasión por el felino era el desbordamiento de sus afectos tanto tiempo sofocados. Porque la pasión de la capuchina por Chiquito tenía también sus crisis de celos, cuando el gato corría tras la blancura deslumbrante de Diana, y la exclaustrada sabía estremecerse de placer cuando su gato saltándole sobre las rodillas restregaba en los brazos de la monja su aterciopelada cabecita.

IX
LA TERCERA EXCLAUSTRACIÓN

Entró diciembre y sor María miró agotarse todos sus recursos; ese mes sería imposible pagar la renta.

La pensión no llegaba y era inútil esperar que llegara. El hermano Fortunato fue la pesadilla constante de la capuchina, porque todas las mañanas después del "buenos días, hijas mías" y de la bendición matinal, preguntaba:

—¿Cuándo pagas la renta, hija mía?

—Mañana, hermano —contestaba con ademán suplicante la exclaustrada.

Y el sacristán continuaba repartiendo saludos y bendiciones, sin detenerse en el trece, porque:

—Ese inicuo volteriano —decía— es indigno no sólo de mi bendición, sino aun de habitar esta casa; pero la madre, ¡ah!, la madre es una santa— y tres "¡Jesús, hermano!" discordantes y chillones contestaban el anatema del inocente floricultor.

El triunvirato de septuagenarias cubría de besos la diestra de Fortunato que sonreía paternalmente, y

siempre con la ancha y bonachona faz inclinada hacia el hombro izquierdo, exclamaba:

—Bendecid a Dios, que os ha librado de vivir en compañía de impíos.

—Bendito sea Él, hermano —y el eco de la habitación oscura repetía las tres toses discordantes y chillonas.

Pasados ocho días del vencimiento del recibo, el sacristán avisó a sor María que el propietario lo sentía mucho, pero que el loable fin a que se dedicaban los productos de las rentas le obligaban, muy a su pesar, a suplicarle que desocupara la casa.

Entonces empezaron para la exclaustrada las excursiones a través de plazuelas y calles, sin saber a dónde iba; sólo por huir de la visión atormentadora, de la cara ancha, sonriente, bonachona e inclinada hacia el hombro izquierdo, y de la tira de papel blanco que le recordaba su deuda.

Cuando sonaba el mediodía, y la blanca soledad de algunas calles lejanas le recordaban su íntima, su profunda soledad, entonces una angustia cruel le oprimía el pecho al mirar las calles largas, interminables, blancas de sol de invierno.

Sor María se preguntaba:

—¿A quién pedirle? ¿Quién me conoce?... —Y después de meditar un instante—: Ricardo del Villar

—se decía—. Ricardo me conoce —y una tristísima sonrisa dejaba ver sus dientes.

"¡Ah, si me mirara Ricardo! ¿Pero dónde encontrarle?"

Y sor María vagaba, vagaba sin rumbo hasta que, fatigada y jadeante, retrocedía lo andado e iba a sentarse en alguna banca de la Alameda, sacaba una moneda de cobre mojada con el frío sudor de su mano y compraba un pastel polvoso y seco que comía a hurtadillas, cubriéndose con el tápalo verdinegro que flotaba al helado viento de diciembre.

—¡Pobre Chiquito, no ha comido! —murmuraba secando dos lágrimas traidoras que mojaban sus pupilas—, pero si me cobra el hermano, ¿qué le digo? —y se estremecía de terror.

Cuando sonaban las tres y se abrían las puertas de los templos, la exclaustrada buscaba el más oscuro, el más silencioso; y arrodillada en un rincón, gemía largamente de desesperada miseria, gemía hasta que el fatigoso sueño del hambriento se apoderaba de ella, calmando por unos instantes sus pesares y su hambre.

—¡Señora, señora, voy a cerrar! —exclamaba el sacristán con bronca voz.

El amarillento sol de diciembre se había ocultado, los resplandores eléctricos iluminaban las pieles en las carretelas de los elegantes, los brillantes temblaban en

las níveas orejitas, y sor María, tiritando de frío, bostezando de hambre, atravesaba del templo de Corpus Christi a la Alameda, se perdía unos minutos en la perfumada noche del follaje para reaparecer en el otro extremo y entrando a una carnicería miserable pedía con débil voz:

—Un centavo de pellejos.

Después, satisfecha, contenta porque Chiquito iba a comer, se encaminaba a la casa conventual y titubeando un momento antes de entrar, como el ladrón antes de apoderarse de su presa, se decía:

—¡Y si me cobra el hermano!... luego ¡qué importa! —murmuraba, y con resuelto ademán empujaba el portón ferrado.

—Niña, por Dios, es muy tarde, ya iba a cerrar —gritaba Doña Juana con su tipluda voz.

Pero pasada esta humillación última, este último dolor, sor María después de atravesar el patio, abría la puerta del catorce, y Chiquito maullando tristemente venía a frotar su cabeza contra la enagua raída de la exclaustrada.

Entonces olvidaba por completo sus deudas, sus dolores, su pasado monótono y su porvenir sombrío, y sentada a la orilla de su catre tomaba a Chiquito entre las rodillas y le daba de comer.

El gato pardo comía, comía ávidamente; pero cuando veía agotarse su cortísima ración, fijaba en las

pupilas negras y hundidas de sor María, las suyas redondas, cintilantes, doradas, restregábase a su brazo, lamía sus manos, y la capuchina, al sentirse amada y acariciada por aquel compañero de su miseria y de su desgracia, le tomaba en brazos y le cubría con besos y sollozos.

De pronto un miau prolongado hacía estremecer a Chiquito y, desasiéndose bruscamente de los brazos de la exclaustrada, corría a la puerta, la entreabría con su cabeza y buscaba en torno de él la deslumbrante blancura y la sedosa piel de Diana, la gata mimada de Fortunato.

Sor María salía tras él y le llamaba desesperadamente.

—¡Bichito! ¡Chiquito! ¡Bichito mío, ven!

Y la bonachona faz del hermano, sonriente e inclinada hacia el hombro izquierdo, aparecía murmurando:

—¡Ah, gato!, ¡gato maldito!...

Cuando se agotaron las pocas monedas que guardaba sor María y cuando todo lo que llevaba al empeño volvía con ella, cuando el hermano le dijo: "Desocupa, hija mía, desocupa la vivienda", la capuchina no intentó ya a salir a correr calles, encerrábase en la oscuridad de su habitación y, rendida, agobiada de dolor y de hambre y desesperación, se arrojaba sobre su lecho pobrísimo a intentar dormir.

Se miraba aislada, sola, paria de la existencia, sin pensar ni siquiera en la protección divina, puesto que era indigna de ella desde que su corazón había sido infiel al Celestial Esposo.

Creíase no solamente pobre y miserable en este mundo, sino réproba y condenada eternamente al infierno.

Entonces el pánico, el terror de mirar a Satanás y sus calderas la hacían estremecerse y temblar.

Miraba en la oscuridad de su habitación cómo brillaban fosfóricamente las redondas pupilas de Chiquito y, aterrada por el brillo de aquellos círculos en los cuales le parecía encontrar algo diabólico, se ponía a murmurar avemarías y letanías de santos. Los nombres de santos se atropellaban al salir rápidamente de sus labios, y cuando concluía de orar, se arrojaba sobre el lecho, recordando los ejemplos de monjas que habían vendido su alma al Diablo, y se decía: "¡Pero ellas siquiera miraron satisfechos sus deseos!", y al suponerse condenada irremisiblemente, sus deseos únicos eran: retroceder quince años, mirarse en un ángulo de la mesa de roble en el comedor del tapiz oscuro, tener a Ricardo cerca de ella y a Chiquito a sus pies, y satisfacer su hambre atormentadora que le impedía dormir, que le impedía llorar, que la sumía en un estado insoportable de desesperada angustia.

Llamaba Fortunato a su puerta, y la exclaustrada contenía su respiración y cubría con la almohada la cabeza de Chiquito, para que sus maullidos no exasperasen al hermano sacristán.

—¡Hija mía!, ¡abre, hija mía! —murmuraba con dulzarrón acento el asturiano.

Y cuando sor María escuchaba aquella voz, hubiera querido acallar hasta el tictac violento de su corazón.

Un día, después de cinco tentativas inútiles para hacer que le abrieran, el buen asturiano en vez de dirigirse al cuarto donde estaban apiladas las colecciones completas del *Mensajero* junto a los ejemplares de *La vía unitiva* y el *Tratado completo de jardinería práctica*, encaminóse a la vivienda de doña Juana la casera.

—Si sale la niña del catorce, dile que te deje la llave.

—Sí, hermanito.

Salió Fortunato, buscó la botica más cercana, entró y después de hablar al oído del boticario, diole una moneda; recibió en cambio un paquetito pequeñísimo que ocultó en su bolsillo junto a la última entrega del *Mensajero*, y sonriendo ambos, el boticario y el sacristán se estrecharon las manos, y Fortunato, bonachón y sonriente, con la faz inclinada volvió a la casa.

Entretanto, la capuchina buscaba desesperada un medio para salir de situación tan angustiosa; pero ¿a quién pedirle?, ¿a dónde ir?, ¿quién la conocía?

Sólo un nombre le repetía su mente: ¡Ricardo!, ¡Ricardo!, pero ¿dónde encontrarle?

¡Oh!, ella le buscaría, ella sabría dónde estaba; ¿y si después de encontrarle y humillarse y llorar a sus pies, Ricardo negaba su auxilio?, ¿si la desconocía?, ¿si ordenaba a los criados que la arrojasen de su casa? Mejor perecer de miseria antes que mirar el desprecio en las pupilas profundamente azules del hijo de doña Antonia.

Enjuga la capuchina sus maceradas mejillas, cúbrese con el tápalo verdinegro y, mirando tristemente a Chiquito, sonríe.

—Van a acabarse nuestras penas —dice—; ya verás, bichito, desde mañana seremos felices.

Chiquito mueve la cabecita aterciopelada, entrecierra los redondos ojos, y lanzando un prolongado bostezo deja mirar sus dientecillos aguzados, blanquísimos, brillantes. Sor María sonríe del escepticismo de su gato, como debe sonreír el viajero que mira la transparencia de un lago a los reflejos de un sol candente del desierto, como sonríe la tripulación del bergantín desmantelado cuando mira los fulgores de una luz lejana después de tormentosa noche. La capuchina sale creyendo haber mirado la transparencia del lago, creyendo haber visto los fulgores del faro salvador; sale, y al llegar frente al cuarto de doña Juana:

—Niña —le dice ésta con tipluda voz—, me dijo el hermano que dejara usted la llave.

—Sí, Juanita —contesta sor María y entrega la llave del catorce.

La exclaustrada se encamina a Donceles.

—La casa ya no es de don Ricardo —le contestan—; pero él y su esposa acaban de llegar de España y viven en San Lorenzo.

Y sor María, como el viajero que cree mirar más clara la transparencia del lago, como la tripulación del bergantín desmantelado que cree mirar más cercanos los fulgores del faro salvador, así cree mirar segura la protección de Ricardo, y más cercano el término de sus miserias.

Busca por la calle de San Lorenzo la casa de más elegante aspecto, detiénese en todos los zaguanes, queriendo encontrar algún indicio que le señale la presencia del protector, y mira por fin en el rincón de un patio el *coupé* usadísimo y polvoso con las armas de doña Antonia pintadas sobre la portezuela, el *coupé* que vio la horrible noche de la exclaustración, el carruaje que había mirado el desfile de fantasmas pardos y la había conducido del convento de Capuchinas a la mansión de Donceles.

¡Cómo se levantaron los espectros de los recuerdos en la mente de la exclaustrada! ¡Cómo pasaron en pa-

norama vertiginoso y confuso los años de miseria y las tardes pasadas en un ángulo de la mesa de roble, las pupilas doradas de Chiquito y las miradas profundamente azules de doña Antonia y de su hijo! ¡Cómo la incierta claridad del crepúsculo y la luz que en su mente arrojó el polvoso recuerdo del *coupé*, amalgamaron en embrollada visión la figura mágica de Ricardo, la parda silueta de la ex tornera y la faz inclinada, bonachona y sonriente del hermano Fortunato!

Cuando se relee el pasado en momentos determinados de la existencia; cuando los años transcurridos nos magnetizan con la visión de los acontecimientos monótonos y múltiples y con el incesante murmullo de las voces escuchadas, cuando se palpa la vanidad de todo lo existente, un mortal desfallecimiento se apodera de nuestro ser y deseamos morir; pero por una anomalía extraña la muerte viene con frecuencia precedida por crisis durante las cuales se cree estar completamente sano, crisis extrañas en las que la vida, sobreponiéndose como supremo esfuerzo, intenta dominar la tiranía implacable del sepulcro...

Entra la capuchina al ancho patio y pregunta si allí vive don Ricardo del Villar.

—Sí —le contestan—, pero salió con su señora y volverá hasta mañana. Fue a pasar la Nochebuena a la casa de un pariente.

—¿Hará usted favor de decirle que vino a buscarle la sobrina de sor Lorenza?

—Sí, señora.

Entonces la capuchina, gozosa y satisfecha, recuerda que aquella noche es Navidad y se apercibe del bullicio general.

—¡Nada más una última noche de miseria —exclama—, mañana la vida, la protección de Ricardo!

Cuando llegó sor María frente al portón ferrado de la casa conventual, doña Juana había cerrado ya; era, pues, inútil llamar, nadie abriría; pero ¡qué importaba una noche! Contenta, creyendo segura la protección de Ricardo, sor María se decide a vagar por las calles hasta la medianoche, hora en que entraría en algún templo para oír la solemne misa de Navidad y después se ocultaría para dormir en algún confesionario o tras de un altar.

Échase a vagar y, sugestionada por el entusiasmo general, se detiene en todas las ventanas donde mira luz, pega su rostro a las rejas desde donde ve brillar las bujías, y escucha los acordes de la orquesta, los alegres cantos, las sonoras risas y el constante murmullo de la gozosa multitud.

También ella quiere alegrarse, también ella intenta participar del bullicio. ¿Acaso tiene derecho para entristecerse cuando todos están contentos? ¿Acaso sólo ella debe llorar cuando todos ríen?

¡No!, ya no más llanto ni más tristezas, puesto que va a comenzar una era de tranquilidad y bienestar.

¿Qué, el viajero se entristece porque mira más cercana la transparencia del lago? ¿Qué, la tripulación del bergantín desmantelado se desespera porque ve más claros los fulgores del faro?

Pues ¿por qué había de entristecerse sor María?

A pesar del sobrehumano esfuerzo de voluntad que hizo la capuchina para disipar su tristeza, el abatimiento crecía, el malestar aumentaba junto a cada ventana iluminada, junto a cada grupo de cantantes trasnochadores... ¡Quizá lo que el viajero creyó lago, era sabana de blanquísima y candente arena! ¡Quizá la luz que la tripulación del bergantín creyó faro, eran los fulgores de Venus rutilante saliendo de las aguas y brillando indiferente a la desesperación de los náufragos! ¡Quizá la protección de Ricardo no llegaría! El viajero morirá de sed mirando blanquear la sabana de arena; la tripulación perecerá blasfemando ante la augusta monotonía del mar, ante la indiferente calma de la estrella brillando en el lejano horizonte. Sor María será arrojada del catorce y se verá obligada a implorar la caridad pública.

Cansada de vagar, fatigada de sentir, no intenta ya entrar a ningún templo, sabe de antemano que no podrá orar.

Encaminóse a la casa conventual y temblando de frío, sentada en el umbral del ferrado portón, secados ya los manantiales de su llanto, duérmese la exclaustrada al resplandor cintilante de los astros, prendidos en la obscuridad profundamente inmensa del firmamento.

X
¡POBRE CHIQUITO!

Entró Fortunato, bonachón, sonriente, con la faz inclinada y seguido de un hombre que cargaba un lío de ramas y un cesto de heno.

—Hermano, aquí está la llave del catorce —exclamó doña Juana, que era el primer ser con quien se tropezaba al entrar en aquella mansión.

—Gracias, hija mía —murmuró el hermano.

Y seguido del hombre con las ramas subió al oratorio de la casa.

En el oscuro fondo del oratorio brillaba un enorme triángulo amarillo, circundado con una aureola de rayos de madera forrados de papel dorado y sostenidos por blancas nubes de algodón.

Sobre el altar aún no concluido de cubrir con heno y ramas verdes, se ostentaban dos grandes imágenes: El Casto Patriarca (patrón del hermano) y la santa Madre de Jesús. Vestía el Patriarca verde túnica orlada con laureles de oro, bordados por el triunvirato de septuagenarias del diez y seis; de sus hombros pendía amarillo manto prendido al cuello con rico broche, y su

diestra sostenía floreciente vara en cuyo extremo lucían su blancura tres azucenas de muselina, obra maestra de las niñas de la guardia de honor.

Las dos imágenes contemplaban en actitud piadosa el lugar que a la medianoche ocupará el Niño Redentor.

En un extremo del altar se arrodillan los Reyes Magos, y la frescura de las ramas y del heno perfuman el silencioso ambiente del oratorio.

—Descansa, hijo mío —dice Fortunato sonriendo—, con estas ramas acabaremos de cubrir, pero antes de marcharte, aguarda un poco en el patio, que aún tengo una comisión que encomendarte.

Desciende la escalera el hombre de las ramas, y Fortunato se dirige a la cocina, busca en la ración de Diana el mejor trozo de carne cruda y, ocultándole en la mano cerrada, baja al cuarto donde reposa *El Mensajero*, *La vía unitiva* y el *Completo tratado de jardinería*.

Sacando de entre las páginas del último número del *Mensajero* el paquetito que el boticario le dio por la mañana, Fortunato impregna con su contenido el trozo de carne que oculta en el bolsillo.

Llega a la puerta del catorce y abriéndola dice al hombre de las ramas:

—Saca esos muebles y arrincónalos allí…

Sobre el lecho pobrísimo de lona, las desvencijadas sillas; junto a la mesa de madera blanca donde comía la

capuchina, el aguamanil de hierro con sus extremidades mohosas y despintadas.

Chiquito mira azorado aquel saqueo y busca en vano la enagua raída de la exclaustrada para restregar allí su cabecita.

—Toma, hijito —dice Fortunato al hombre de las ramas, sacando unas monedas de su bolsillo.

—Gracias, padrecito —murmura el de las ramas, y tomando las monedas impregna con sus labios el acre olor de tabaco y de alcohol en la diestra del hermano.

La noche llegaba y era preciso que el Nacimiento estuviese concluido antes de las diez; pero también tenía que terminarse cuanto antes el asunto del catorce.

Cuando los muebles de la exclaustrada quedaron amontonados en un rincón del patio y se hubo marchado el hombre de las ramas, Fortunato y Chiquito quedaron solos y frente a frente en la soledad de la habitación sombría.

El hermano bonachón, sonriente y con la faz inclinada, saca de su bolsillo el trozo de carne preparada.

—Toma, Chiquito —dice con melosa voz.

El gato mira con desconfianza las amables maneras del hermano; pero hace día y medio que no come; se acerca al manjar envenenado y come ávidamente hasta satisfacer su hambre. Entonces:

—¡Fuera! —grita el hermano con voz dura; y haciéndole salir con el pie, le amenaza con ambas manos.

En seguida sube al oratorio a concluir de arreglar el Nacimiento, mientras Chiquito, sediento, con los ojos extraviados, el lomo enarcado y maullando desesperadamente, intenta correr creyendo así huir del fuego interior que le abrasa las entrañas. Pero sus pies no pueden sostenerle, su hociquito se moja con sanguinolenta espuma, y abrasado de sed, se acerca arrastrando hasta el tonel de porcelana blanca, donde crece la dalia amarilla preferida por el hermano sacristán.

Recárguese Chiquito al blanco tonel, creyendo quizá en su delirio de agonizante que la blancura de porcelana es la piel blanquísima de Diana. Un maullido último expira en su hociquito; estremécese su cuerpo todo... y sus pupilas redondas, fosforescentes, amarillas, quedan fijas, lacrimosas y empañadas por el velo misterioso de la muerte...

Y mientras Chiquito lanzaba el postrer desgarrador maullido, sor María, frente al *coupé* polvoroso, veía desfilar en su mente sus espectrales recuerdos; y Fortunato, el de la inclinada faz sonriente y bonachona, aseguraba la última rama verde, colgaba el último festón de heno y se santiguaba frente al Casto Patriarca, murmurando:

—Gracias a Dios que concluí.

Y Diana, Diana, la blanquísima gata de Fortunato, daba vueltas en derredor del tonel de porcelana, atónita, espantada y mirando tenazmente las pupilas de Chiquito fijas, redondas, lacrimosas y empañadas con el velo misterioso de la muerte.

XI
SALVACIÓN DE SOR MARÍA

Las llamas amarillas de las bujías temblaban a los fulgores carmíneos del alba glacial de Navidad que entraba por los balcones. El insomnio y la fatiga de seis horas de baile se pintaban de varias maneras en los semblantes.

Ellos, trasnochadores elegantes en su mayor parte, infatigables noctámbulos, sólo dejaban ver un ligero cansancio que revelaba la palidez de sus mejillas; unos buscaban en el *buffet* alguna botella olvidada de Roederer, y otros alistaban las boas y los abrigos de ellas.

Sobre las teclas blancas de la última octava, una bujía goteaba lentamente y los párpados de ellas se cerraban.

Los círculos negruzcos que orlaban sus ojos hacían resaltar la mate palidez de los semblantes, y los labios secos pedían débilmente: "El coche y el abrigo".

Un grupo de infatigables quiso ir a tomar fresco a Chapultepec, y en ese grupo que se componía de los más jóvenes la púrpura del cansancio coloreaba las epidermis, las pupilas brillaban y las gargantas blancas hacían temblar con sus agitaciones las facetas de los diamantes.

Lolita del Villar, que se encontraba entre las fuertes, llamó a su esposo y le dijo:

—Nos vamos solos y a pie, quiero ver la mañana de Navidad en tu país; despídete y trae mi abrigo.

La elegante madrileña, tomando el brazo de Ricardo, salió envuelta hasta los ojos; apenas brillaban entre la felpa sus pupilas negras de meridional.

Temblorosa y sonriente, decía estrechando el brazo de su esposo:

—Ricardo, tengo frío.

—Pues tú quisiste salir a pie…

—Pero no importa, ¡mira qué mañana tan bella!

Antes de llegar a su casa, hubieron de pasar frente a la conventual mansión donde habitaba sor María. El ferrado portón aún estaba cerrado, y en el umbral una masa informe y negra hizo tropezar a Lolita del Villar.

—¡Ah! —gritó la madrileña—, ¡pobre mujer!

—Está borracha —contestó Ricardo fijando sus pupilas azules en la masa informe.

Estremeciose la negra masa al escuchar aquella voz, y cayendo el verdinegro chal, la lívida y huesosa faz de sor María se levantó para fijar sus miradas en las pupilas azules y profundas de Ricardo del Villar.

Y en sus oídos quedó resonando como una maldición el timbre de voz que decía:

—Está borracha.

La misma voz que muchos años antes le había dicho a la luz del plenilunio: "Madrecita, ¡qué linda es usted!".

La exclaustrada quiso levantarse y gritar, echar a correr para arrodillarse y llorar a los pies del hijo de doña Antonia, contarle todas las miserias, todas las penas, todas las amarguras pasadas desde la exclaustración de Donceles; decirle que su recuerdo había dulcificado los amarguísimos años trascurridos desde la noche en que sus labios habían sentido el quemador contacto de su boca; pero un dolor cruento, agudísimo y sobrehumano la detuvo inmóvil y muda en el umbral del ferrado portón a tiempo que doña Juana abría.

Aquella mañana de Navidad doña Juana, después de santiguarse y lanzar un prolongado bostezo, había desprendido de su saco de percal floreado la cinta de lana azul con medalla amarilla, para poner en su lugar la cinta de gala de seda de *moirée* con medalla de plata.

Doña Juana rebozaba de júbilo esa mañana. Un señor obispo iba a llegar y ella quería que el patio estuviese muy limpio y los vecinos engalanados para recibir a Su Ilustrísima. Y antes de abrir el portón, doña Juana se encuentra con la bonachona faz sonriente e inclinada del hermano sacristán, un poco somnolienta por la desvelada, pero satisfecha por el éxito del Nacimiento, y jovial como nunca, pues el Ilustrísimo Señor trae

consigo una indulgencia de trescientos días para los lectores de *La vía unitiva* y una plegaria para el autor.

—Buenos días, hija mía.

—Hermanito, buenos días —contesta doña Juana.

—Que todo esté listo antes de las once que llega el señor obispo.

—Sí, hermanito.

Y doña Juana va a abrir y el hermano sacristán a repartir saludos y bendiciones matinales. Cuando doña Juana entorna el portón ferrado, sor María, levantándose del umbral, entra al patio y dice:

—Buenos días, doña Juanita.

—Niña, buenos días.

—¿Me hace usted favor de darme mi llave?

Y doña Juana contesta con su atiplada voz:

—Pues niña, ya el hermano dispuso que se sacaran los muebles.

La exclaustrada, mirando hacía un rincón, contempla dolorosamente sus desvencijadas sillas sobre la lona de su catre; y junto a la mesa blanca, las extremidades mohosas y despintadas del aguamanil de hierro.

Pero sor María busca con la mirada algo que no encuentra, algo que no ve entre el montón miserable que han formado con sus muebles pobrísimos.

Doña Juana barre, barre agitada temiendo no acabar a tiempo sus faenas, y el hermano sacristán, que no

ha visto entrar a sor María, da importantes y minuciosos detalles a las septuagenarias del diez y seis, sobre el objeto de la venida del ilustrísimo señor obispo.

Y la exclaustrada, avanzando hasta donde está el hermano, ve a Diana que ronda el blanco tonel de porcelana en que se balancea la dalia amarilla preferida por Fortunato.

¿Qué mira Diana con ojos tan despavoridos? ¿Por qué se erizan las níveas hebras de su piel?

Sor María se acerca a mirar lo que causa el espanto de Diana y, cuando ve el inerte cuerpo de Chiquito, y las pupilas negras y hundidas de la exclaustrada contemplan la inmovilidad y la fijeza de las pupilas lacrimosas y redondas de su gato, la pobre monja permanece rígida un instante; pero al palpar todo el escarnio, toda la amargura de esta jornada última de su vía crucis, implora la compasión de doña Juana y de las septuagenarias del diez y seis. Éstas se sonríen al mirar la pesadumbre de sor María, y la exclaustrada, no pudiendo ya resistir el acumulamiento de tanta hiel, tuerce los brazos en ademán suplicante, en desgarradora actitud de sufrimiento y, lanzando una carcajada estrepitosa y convulsiva, cae desplomada junto al cadáver de Chiquito a tiempo que pasa cerca de ella el hermano sacristán murmurando al verla caer:

—*Ab omne malo, libera me Domine*.

XII
EL ÚLTIMO CONVENTO

Por la mañana, la esplendente luz del día baña el jardín y los corredores y el gabinete azul para excitadas en el hospital de mujeres dementes.

Antes de la visita vibra sonoramente una campana, y cuando entra el doctor lo reciben las enfermas en grupo. Unas le acarician la espalda o saltan frente a él gesticulando grotescamente, otras vociferan obscenidades y blasfemias, y muchas, sentadas sobre el pavimento, esperan que el doctor llegue hasta ellas y fijan entretanto tenazmente sus estúpidas miradas impasibles sobre los techos o en los muros.

Y sor María de Jesús, arrinconada en el ángulo de un departamento de maniáticas, escuálida, con los cabellos cortados a raíz, la cadavérica faz amarillenta, las negrísimas pupilas brillantes hundidas en los centros de dos grandes círculos amoratados, y agitando convulsivamente los dedos de su huesosa diestra, se pasa las horas murmurando a media voz:

—¡Bichito mío, ven!... ¡Ven, Chiquito…, ven!...

México, octubre de 1893

NOTICIA DEL TEXTO

Un calvario. Memorias de una exclaustrada fue una de las siete novelas ganadoras del concurso convocado por *El Universal* (Ciudad de México) en julio de 1893. Para el primero de marzo de 1894, el periódico anunció un total de veintitrés obras participantes; sin embargo, tres fueron descalificadas por no haber sido inéditas: *Espinas y amapolas*, *Joven de porvenir* y *María del Consuelo*. Finalmente, el 4 de marzo se publicó el resultado del concurso; los ganadores fueron *¡Pobre bebé!* de Francisco M. de Olaguíbel, *Infección moral* de Eduardo Noriega, *La conquista de un dogal* de Mariano Flores Villar, *Crimen y castigo* de Manuel A. de Palacio, *Jalapa* de Eduardo E. Zárate, una novela sin nombre de Juan A. Mateos y *Un calvario* de Alberto Leduc. El jurado, integrado por Justo Sierra, Manuel Gutiérrez Nájera, Jesús Urueta, Carlos Díaz Dufoo y Javier Osorno, decidió repartir el premio de 400 pesos (previo sorteo) entre cuatro de los siete ganadores: Olaguíbel, Noriega, De Palacio y Leduc.

Con rúbrica de octubre de 1893, *Un calvario* se dio a conocer por primera vez en 1894 (Tipografía de *El Nacional*). El 24 de noviembre del mismo año, *El Siglo Diez y Nueve* publicó el extenso artículo "Los del porvenir. Alberto Leduc. II", firmado por El Portero del Liceo Hidalgo [Hilarión Frías y Soto], donde comenta el estilo del autor y resume la novela.

En 1900, la Biblioteca del Hogar publicó la segunda edición en la Tipografía de T. González Sucesores. De dicha obra se desprende el documento base para la presente edición.

Tras más de un siglo en el olvido, se publicó junto a la novela *María del Consuelo* en la colección Relato Licenciado Vidriera (México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012). La introducción y selección estuvieron a cargo de Blanca Estela Treviño.

ALBERTO LEDUC
TRAZO BIOGRÁFICO

Aunque la fecha exacta del nacimiento se desconoce, de acuerdo con la investigación de Libertad Estrada, es probable que Alberto Sebastián Leduc Cárdenas haya nacido un 15 de noviembre de 1866 en la ciudad de Querétaro. Hijo de Luis Felipe Alberto Leduc, soldado francés, y de la queretana Manuela Cárdenas. El padre de Alberto se dedicó al negocio de la carnicería tras haber servido en la milicia; debido a ello, la situación económica de la familia se mantuvo con cierta estabilidad. Sin embargo, la muerte del señor Leduc (1880) trajo consigo otra desgracia: el despojo de la herencia a manos de su albacea, un sacerdote. Debido a esto, el futuro escritor y sus cuatro hermanos fueron enviados a un orfanatorio. Adolescente, se enlistó en la Armada Nacional como grumete en el cañonero Independencia; pero fue dado de baja por contagiarse de fiebre amarilla.

Debido a su excelente dominio de la lengua francesa, a partir de 1889 fue traductor en la Librería de la viuda de Charles Bouret; asimismo, impartió clases en colegios y domicilios particulares. Producto de esa

experiencia fue la publicación del manual *El primer año de francés* (México, 1900).

Colaboró como cronista en *El Diario del Hogar* y *El País*, periódico donde se suscitó una fuerte polémica por la publicación del poema "Misa negra" (1903) de José Juan Tablada. Leduc renunció por considerar que dicho diario había censurado al poeta. Para *El Universal* escribió las columnas "Perfiles de Almas", "Croquis de Almas", "Cartas Pasionales a una Espírita", "Cuentos Nocturnos", "Cuentos Blancos", "Cuentos Trágicos", "Siluetas de Miseria" y "Aguas Fuertes"; mientras que para *El Nacional* produjo "Perfiles de Almas", "Sensaciones Literarias", "Semanas Fin de Siglo", "Marinas y Paisajes" y "Costumbres Mexicanas". Entre agosto de 1905 y octubre de 1908, dirigió *La Gaceta: Semanario Ilustrado*, donde difundió de manera profusa literatura mexicana y extranjera.

La novela *María del Consuelo* (escrita en 1891 y editada por la Tipografía de *El Nacional* en 1894) inaugura la actividad literaria de Leduc. Publicó los libros de cuentos: *Para mi mamá en el cielo (Cuentos de Navidad)* (Tipografía de *El Nacional*, 1895), *Ángela Lorenzana* (Tipografía de *El Nacional*, 1896), *Fragatita* (Tipografía El Fénix, 1896), *Biografías sentimentales* y *En torno de una muerta* (editados por la Tipografía de *El Nacional*, 1898).

Alberto Leduc falleció de un infarto al miocardio el 4 de octubre de 1908 en la Ciudad de México. Fue sepultado en el panteón de Atzacoalco, muy cerca del Parque Nacional del Tepeyac.

NOTAS

[1] Luis Leal, *Breve historia del cuento mexicano*, México, Ediciones de Andrea, 1956, pp. 71-88.

[2] Comenta Quirarte: "Los escritores realistas se imponen la obligación de ofrecer una descripción lo más exacta y completa posible del sitio donde tiene lugar lo que narran". Vicente Quirarte, "Prólogo", *El cuento mexicano en el siglo XIX. El cuento realista y naturalista: de la anatomía de lo real a las cuestiones palpitantes*, Blanca Estela Treviño García y Dulce María Adame González (presentación), Vicente Quirarte (prólogo), México, Esfinge/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Bellas Artes, 2013, p. 21. Para comprender mejor los objetivos del realismo, véase también la página 20.

[3] Los impresionistas "no dan expresión a la realidad en una copia servil, sino pasándola por el tamiz de la sensibilidad íntima". Luis Leal, *Breve historia del cuento mexicano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Dirección General de Publicaciones, 3ª ed. aum., 2010, p. 81.

[4] María Guadalupe García Barragán, *El naturalismo en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979, pp. 10-11. Véase nota número 4 a pie de página.

[5] Joaquina Navarro, *La novela realista mexicana*, Alfredo Pavón (advertencia), Tlaxcala, Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1992, pp. 229-230.

[6] Vicente Quirarte, "Prólogo", *El cuento mexicano en el siglo XIX. El cuento realista y naturalista: de la anatomía de lo real a las cuestiones palpitantes*, Blanca Estela Treviño García y Dulce María Adame González (presentación), Vicente Quirarte (prólogo), México, Esfinge/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Bellas Artes, 2013, p. 17.

[7] Belem Clark de Lara, "Prólogo", *El cuento mexicano en el siglo XIX. Del cuento como arte: narrativa breve del modernismo*, Blanca Estela Treviño García y Dulce María Adame González (presentación), Belem Clark de Lara (prólogo), México, Esfinge/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Bellas Artes, 2013, pp. 26-27.

[8] Ignacio Díaz Ruiz, "Introducción", *El cuento mexicano en el modernismo*, Ignacio Díaz Ruiz (introducción, selección y notas), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, pp. XX-XXII. Véase, además, Antonio Muñoz, "Notas sobre los rasgos formales del cuento modernista", José J. Arrom *et al.*, *El cuento hispanoamericano ante la crítica*, Enrique Pupo-Walker (dirección y prólogo), Madrid, Castalia, 1973, pp. 56-57 y 61.

[9] Blanca Estela Treviño García, "Prólogo", *Los espíritus hiperestesiados: el cuento modernista de tendencia decadente*, Blanca Estela Treviño García y Dulce María Adame González (presentación), Blanca Estela Treviño García (prólogo), Mé-

xico, Esfinge/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ Instituto Nacional de Bellas Artes, 2013, p. 35.

[10] Vicente Quirarte, "Prólogo", en *El cuento mexicano en el siglo XIX. El cuento realista y naturalista: de la anatomía de lo real a las cuestiones palpitantes*, Blanca Estela Treviño García y Dulce María Adame González (presentación), Vicente Quirarte (prólogo), México, Esfinge/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ Instituto Nacional de Bellas Artes, 2013, p. 23.

[11] Carlos Monsiváis, "La pasión de la historia", Carlos Pereyra *et al., Historia, ¿para qué?*, Alejandra Moreno Toscano (advertencia), México, Siglo XXI, 2005, p. 172.

[12] Consuelo Uranga, "Un crimen", *Hacia una literatura proletaria*, Lorenzo Turrent Rozas (prólogo), Xalapa, Integrales, 1932, pp. 55-62.

[13] La historia del convento, además de las circunstancias políticas que enmarcan a esta novela, pueden consultarse en la "Presentación" a la primera edición digital de *Un calvario*, escrita por Rubén Ruiz Guerra, disponible en este portal.

[14] Cuando san Francisco de Asís (*ca.* 1182-1226) recibió a santa Clara (*ca.* 1193-1253), dispuso para ella una regla que consistía en guardar el Evangelio de Jesucristo, vivir en obediencia, sin propiedades y en castidad. Posteriormente, siguiendo de cerca estas normas, santa Clara redactaría una instrucción exclusiva para las hermanas Clarisas de su convento, San Damián. Véase San Francisco de Asís, "Regla Bulada de los Hermanos Menores. Capítulo I. ¡En el nombre del Señor comienza la vida de los Hermanos Menores!", *San*

Francisco de Asís. Escritos, biografías, documentos de la época, José Antonio Guerra (edición), Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos (Biblioteca de Autores Cristianos, 399), ed. correg. y act., 2003, p. 131.

[15] La Orden de las Hermanas Clarisas Capuchinas es una ramificación de la Orden de Santa Clara de la cual adoptan la regla con estricta observancia y le añaden estatutos moldeados en la tradición capuchina. La regla traduce, en normas prácticas de carácter espiritual y jurídico, la observancia del Evangelio. Consiste, principalmente, en mantener máxima pobreza, austeridad, fraternidad e intensa vida de oración. Véase Victoria Triviño Monrabal, "El libro que da forma a la vida claustral: la regla de santa Clara, en los 800 años de la fundación de las clarisas (1212-2012)", *La clausura femenina en el Mundo Hispánico: Una fidelidad secular [I]*, España, Real Centro Universitario Escorial-María Cristina, 2011, pp. 425-448. Consúltese en <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3713971>. (consulta: abril de 2018). Para leer una versión de la regla adecuada a las constituciones capuchinas de la época, revísese <http://www.bibliotecavirtualdeandalucia.es/catalogo/es/consulta/registro.cmd?id=1001725>. (consulta: abril de 2018).

[16] Hoy conocida como calle de la Palma. Para acceder a imágenes del convento, consúltese <http://www.fototeca-crv.inah.gob.mx/fototecaweb/pdf/V0A4TXXIVP13.pdf> y <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10401502>. (consulta: abril de 2018).

[17] Refiere a la actual calle 16 de Septiembre esquina con Bolívar. El Banco de Londres, México y Sudamérica fue la primera institución bancaria establecida en el país (1864).

[18] También *Agnus Dei* o *Agnusdéi*. Tablillas ovaladas o redondas elaboradas con la cera de cirios pascuales bendecidos por el papa. En la cara principal se plasmaba la imagen del Cordero Pascual simbolizando a Cristo muerto y resucitado; en el anverso se colocaba la imagen de Jesucristo, la Virgen o algún santo. Véase María Esther Ciancas y Bárbara Meyer, *Miscelánea de artes aplicadas: siglos XVI al XX: colecciones del Museo Nacional de Historia Castillo de Chapultepec*, México, Plaza y Valdés/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2002, p. 71.

Un calvario, se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 29 de junio de 2018. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; de Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de Norma B. Cano Yebra. La edición estuvo al cuidado de Braulio Aguilar.